

les dividió en porciones iguales el espacio por donde habian de difundir la doctrina y envió el Espíritu Santo á iluminarlos con idénticas lenguas de fuego sin que tuviera por ninguno predileccion y preferencia. ¿De dónde pues ha podido sacar San Pedro, de qué palabra, de qué texto, pregunta Wiclef, el predominio que luego se arrogára sobre todas las Iglesias? Donde quiera que existe un templo por modesto que aparezca, guarda el Espíritu Santo, como pueda guardarlo en sus espacios la Basílica mayor y mas espléndida de la Roma pontificia. La hostia misma para el reformador no podia tomarse como el cuerpo y la sangre de Cristo, sino como una conmemoracion de su muerte y de su holocausto, segun las palabras dichas en la cena con los discípulos. Y si estas ideas sustentaba respecto al dogma, ya puede imaginarse quien leyere, las ideas sustentadas por Wiclef respecto á la disciplina y á los cánones. En su sentir la autoridad eclesiástica no puede ni debe tener nunca autoridad y jurisdiccion civiles. Toda mezcla de lo político y lo religioso conduce á la teocracia y toda teocracia conduce á la tiranía. Roma y el poder de Roma representaban lo mismo que Nínive y Babilonia para el pueblo israelita, lo mismo que los Césares y el Cesarismo para las primitivas familias cristianas.

Gregorio IX se alarmó profundamente al saber la esencia de estas doctrinas y su terrible alcance. Inmediatamente encargó á varios prelados su inquisicion y su exámen. É inmediatamente que los prelados las inquirieron y examinaron, halláronse frente á frente de varios nobles y Lores ingleses pagados de una doctrina, cuyos principios primeros tanto restringian la autoridad eclesiástica y aumentaban la autoridad civil. Pero colocados los obispos de la Iglesia católica por su ministerio dentro de la disciplina y del dogma, no podian materialmente absolverlo. Y á fin de condenarlo sin herirlo, poniéndose en pugna con la índole bárbara del tiempo, arbitraron como único castigo posible la imposicion material de un silencio forzoso. El Duque de Lancaster protegía la persona de Wiclef y el obispo de Lóndres la condenaba. Esta posicion contraria y contradictoria trájoles á las manos en tales términos que las disputas degeneráran prontamente en combates, si el pueblo no interviene á favor del prelado y ahuyenta á su enemigo.

El reformador se resignó por largo tiempo al silencio y el silencio le trajo con sus misterios tantos devotos como hubiera podido traerle la palabra mis-

ma con sus estallidos. Viéndose de esta suerte animado por el éxito, comenzó á departir con sus discípulos cada dia mas numerosos y á predicar contra el poder temporal de la Iglesia y contra el goce de los bienes eclesiásticos cada dia mayores y mas gravosos. Para confundir á los obispos vestidos de ricas telas recamadas de oro y coronados de tiaras cuajadas de perlas, vestian los sectarios de Wiclef toscos sayales y andaban con los piés desnudos y las cabezas descubiertas predicando un reino espiritual de Dios en abierta pugna con el materialismo eclesiástico. A pesar del odio de sus enemigos que le llamaban órgano del diablo, ídolo del hereje, espejo del hipócrita, causa del cisma, fábrica de la mentira, Wiclef murió quince años antes de que acabara el siglo décimocuarto, en su curato, circuido de sus amigos y con la serena tranquilidad del justo.

Gérmenes indudables de revolucion existian desde luengos tiempos en aquella Inglaterra tan dispuesta á la libertad, cuando la desaparicion del jefe de la secta no dispersó de ninguna suerte á los sectarios. Aun no habian pasado ni dos años siquiera de la muerte de Wiclef, y sus discípulos pululaban por todas partes y apercibian las conciencias á un cambio religioso. El número de adeptos de la nueva doctrina en tales proporciones aumentaba, que eligieron sus propios sacerdotes y fundaron y organizaron sus respectivas Iglesias, donde los laicos mismos concedian la absolucion de los pecados y consagraban el pan y el vino de la Eucaristía para que todos los fieles pudieran indistintamente recibirlos. Cinco años antes de que el siglo décimocuarto finara dirigian peticiones al Parlamento demandándole á una la abolicion del celibato de los clérigos, el anatema sobre los dogmas de la trasustanciacion, la condena absoluta de los exorcismos que suponen una magia eclesiástica, y de la bendiccion de las aguas que suponen espíritus inmundos en este claro elemento, y de las oraciones por los muertos que suponen la existencia del purgatorio, y de las peregrinaciones y ofrendas que enriquecen y vician al clero, y de la confesion auricular que entrega la vida y el alma á quien no puede, no, en manera alguna comprenderlas. Al ruido de estas peticiones elevadas al poder parlamentario que no tenia ninguna jurisdiccion eclesiástica, los prelados de York y de Lóndres recurrieron tambien al Parlamento y demandaron su auxilio contra la difusion de semejantes doctrinas.

A principios del siglo décimoquinto decretóse una inquisitoria de los principios y del número de los sectarios merced á maniobras eclesiásticas. Poca firmeza debieron tener en sus sentimientos y poca publicidad debieron dar á sus actos cuando trás de pesquisas continuas solo quemaron á un sacerdote de la doctrina de Wiclef, en donde tantos y tantos se hallaban esparcidos y diseminados por todas partes. Pero, allá hácia el año de 1413 crecieron en tales proporciones que grabaron terribles amenazas en las puertas de las iglesias de Lóndres contra todos cuantos no pertenecieran á su secta. Provenia semejante audacia de la proteccion que les dispensaba uno de estos ricos propietarios ingleses, tan poderosos cuando se asientan bajo su solio en la cámara de los Lores y se levantan sobre sus inmensos terrenos como el Rey en su trono. Y no parecerá, pues, extraño, que la misma monarquía británica guardára consideracion á los herejes parapetados tras el escudo de la propiedad territorial. Así las autoridades civiles agotaron todos los medios de concordia antes de llegar á las determinaciones supremas de la fuerza. Tarde, muy tarde compareció el protector material de los discípulos de Wiclef ante la autoridad religiosa. Antes de hacerlo fortificóse en formidable castillo, y esperó allí, tras el seguro de las murallas, los rayos de la excomunion. Necesitó el monarca intervenir y arrancar el águila feudal á su nido. En efecto, presentóse como un penitente quien combatiera y gobernara como un soberano. Los sacerdotes del sínodo le recibieron con horror y le condenaron sin apelacion. Pero él salió de allí con las armas en la mano y hubo necesidad de apelar á la guerra para vencerlo en campales batallas. Después de vencido él y los suyos que con vida quedaran, fueron mandados á la hoguera y exterminados por el fuego.

Pero las ideas no se exterminan. Conforme se iba acercando la hora suprema del estallido de la revolucion se iba recluyendo mas y mas el clero en los viejos y empolvados formularios y conteniendo su ciencia en la escolástica, su disciplina en los cánones tradicionales, su moral en una especie de aristotelismo averiado, su arte en una imitacion servil, su política en el absolutismo pontificio, mientras que los grandes pensadores consideraban el Universo como una catedral enorme preparada para recibir la libertad y erigida sobre estas tres grandes bases, sobre el poder ó sea el Padre, sobre la bondad ó sea el Hijo,

sobre la sabiduría ó sea el Espíritu Santo, por lo cual tiene la seguridad el alma llamada al infierno por los placeres y adscrita por las cadenas del organismo á la tierra, de volar, si llama á Dios con fe, en alas de la virtud y de la oracion, á desposarse en la bienaventuranza, es decir, en nupcias castas, espirituales y eternas con su esposo celestial.

¡Quién habia de decir que las doctrinas exterminadas en Inglaterra iban prontamente á resucitar en Bohemia! Muchas controversias han los filósofos empeñado sobre la trasmision de esas ideas desde el fondo de Inglaterra á las mesetas centrales de Europa. Unos dicen que cierto estudiante de Bohemia llevó las doctrinas wiclefistas de Oxford á Praga. Otros dicen que un aleman las recogió en Inglaterra. Otros que eminentes doctores de la region eslava se convinieron y concordaron por cartas con el gran reformador de la region sajona. Sea de esto lo que quiera, como las brisas aliseas que soplan de regiones misteriosas, como el pólen de la palma que arrastran los huracanes del desierto, como el rayo de la lejana estrella que hiere al través de los espacios nuestra humilde y oscura retina envuelta en las sombras del planeta, las ideas misteriosamente llegan hasta el fondo de la humana conciencia, y se esparcen por milagrosas revelaciones desde un territorio á otro territorio, desde una generacion á otra generacion, desde un pueblo á otro pueblo. Resulta para escarmiento de los perseguidores de ideas, el que aun no habia concluido la persecucion de los apóstoles ingleses cuando ya se levantaban en el horizonte, recogiendo los residuos de sus hogueras y las reliquias de sus doctrinas, los apóstoles eslavos. Juan Huss, cura de Betlhén y confesor de la Reina Sofía de Baviera, comenzó la predicacion de la nueva doctrina. Hácia el año de 1409, en que tomara esta iniciativa, los alemanes empezaron á dejar aquella tierra á merced de los eslavos, que por razon de este suceso tienen á Juan Huss por el fundador de su nacionalidad religiosa y política. Inmediatamente después de este éxodo de los germanos, Juan Huss organizó la Universidad de Praga por el modelo de la Universidad de Paris y se declaró su rector. Triste en su aspecto, modestísimo en su natural, austero en sus costumbres, dado al culto de las ideas, adscrito á la soledad, recluido y encerrado en sí mismo, poco comunicativo aunque benévolo con todas las gentes, el sacerdote de Praga parecia nacido y llamado á la pública

profesion de las ideas. Viendo los clérigos católicos el peligro que corría la ortodoxia, por haberse conjurado en contra suya tanto saber y tanta virtud, iniciaron una guerra implacable, la cual comenzó por quemar públicamente los escritos de Wiclef y por proscribir de la ciudad de Praga á su discípulo Juan Huss. Este, lanzado de las ciudades, se encontró en los campos, y, como Cristo en el desierto, comenzó á usar de la soledad para comunicarse con la humana conciencia. Allí predicó libremente y pudo extender y predicar su doctrina. Tenía Juan Huss por discípulo á Jerónimo de Praga y ambos á dos llevaban su doctrina, y la difusión de su doctrina á exageraciones increíbles. Baste decir que como el Papa Juan XXIII publicara sacra bula contra el Rey de Nápoles Ladislao, la llamó Jerónimo de Praga decreto del Antecristo é hizo que para ridiculizarla y conspirarla se la pusieran sobre el pecho las prostitutas de la ciudad y la mostraran, pendiente de esa ara indigna, por las calles y por las plazas, precediéndolas un jóven, el cual, vestido de cortesana antigua, fingía representar la Iglesia católica: grotesco espectáculo, que prohibido por el ayuntamiento ó senado, llegó á ocasionar terrible batalla, en la cual perecieron innumerables gentes.

Juan Huss nació en la servidumbre y se emancipó en virtud de la elocuencia y del genio. Lo triste de su origen debía sellar con sello indeleble el fondo de su alma y hacerle el defensor de los oprimidos y de los desgraciados. Así toda su doctrina tiene el espíritu revolucionario con que las clases opresas contestan al despotismo de las clases opresoras. No ostentó ni su doctrina ni su vida la corrección clásica, la profundidad política, la pureza de ideas y la pureza de procedimientos que hemos admirado en Jerónimo de Savonarola, ciudadano y discípulo de aquellas ciudades italianas donde la democracia arraigaba no solo como un derecho sino también como una tradición, gracias al lustre, á la libertad, al saber de aquellas antiguas y gloriosísimas repúblicas. Cuando vemos á Juan Huss y á los hussitas, vemos una revolución y una revolución violentísima. Los cielos se enrojecen al culebreo de los relámpagos sangrientos; los aires se cargan con las vibraciones de la campana que toca á rebato, del tambor que despierta al guerrero, del mosquete que truena, del muro que cae; porque el movimiento hussita representa la indignación de toda una raza en armas y las explosiones del espíritu de un pueblo poseído

de ciega pasión por su libertad y por su fe. Ninguno de los hechos anteriores representa con tal fidelidad la revolución que arde en la conciencia humana. Los reformadores y los herejes de los pueblos heleno-latinos tienen ciertamente un fondo natural católico que los hace reconciliables con la Iglesia y un amor á la Roma antigua ó á la antigua Atenas que les lleva como de la mano, á conservar la tradición. Pero estos pueblos eslavos, ó sean, los últimos venidos en las irrupciones bárbaras, ligeros como los pueblos más meridionales, feroces como los pueblos más del Norte, no conocen á Roma sino por el odio de antiguo aprendido en la salvaje cuna de sus desoladas estepas. Así el movimiento hussita representa y significa una violentísima, si bien prematura revolución, semejante á ese relampagueo continuo de nuestras noches de estío el cual anuncia la tempestad antes de que haya nube ninguna en los horizontes.

La herejía de Huss carece de originalidad y toma todos sus principios de la herejía de Wiclef. Pero la Iglesia, que había perseguido á este en Inglaterra, no podía dejar libre á aquel en Bohemia. El arzobispo Abicus dirige esta persecución. Físico más que teólogo, vendedor de drogas y de indulgencias, boticario perfecto en su sede primada, tan avaro que vendía en el mercado las ofrendas de los fieles y tan gloton que llevaba entre sus arreos episcopales junto al báculo y la cruz y la mitra las llaves de la bodega y de la despensa, su imbecilidad era ya una provocación. Juan Huss, cansado de luchar con este hombre incapaz de comprenderle, vió el cielo abierto cuando se reuniera el concilio de Constanza y decidió presentarse en aquella asamblea augusta para controvertir y dilucidar sus principios. Mal conocía el infeliz á su sociedad y á su tiempo. No, no imaginaban entonces los hombres que las ideas se combaten con ideas y que un cetro, una espada, el brazo secular, la mano del verdugo no llegarán jamás á donde no llegue la fuerza de un argumento. Créase generalmente que para desarraigar una creencia bastaba con extirpar á un apóstol. Indudablemente algo comprendió de esto Juan Huss cuando pidiera salvoconducto seguro al pedante Emperador Segismundo, aquel sacristán de los concilios, que después de haber ayudado á misa al Papa como el último de los monaguillos, se creía ser un Teodosio ó un Carlo-Magno. Sacerdote que llevaba su palabra de honor como un escudo, y que á mayor